

Julián Marías en escorzo

HELIO CARPINTERO *

Los lectores de Julián Marías son legión. Legión es el número de los que leen sus palabras, y atienden a sus opiniones, y sienten que tras esa lectura hay un poco más de claridad en el entorno, porque brillan unas cuantas palabras verdaderas que proponen de modo razonable y liberal cierta interpretación de las cosas, que generalmente nos ayuda a formar nuestra propia opinión.

Gracias a su actividad de escritor, y complementariamente de conferenciante, Julián Marías ha conseguido reunir en torno suyo un extraordinario calor social, incluso popular, como lo testimonia su extraordinario curriculum de ediciones impresas y agotadas. Aunque ha sido escasamente considerado por las instancias oficiales, ello no ha sido así por las más altas, ciertamente, pues fue en su día senador por designación del Rey en los comienzos de la España democrática, y ha sido también durante años miembro del comité pontificio por la cultura, por especial elección de Juan Pablo II, que mostró así su estimación hacia nuestro filósofo. Es también Premio Príncipe de Asturias, y miembro de dos Reales Academias.

* De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Ocasiones como la presente son buenas para reflexionar sobre la significación y los valores de una obra como la suya, que ha venido a enriquecer de modo notable el haber de nuestra cultura, y que contiene, a no dudar, gérmenes de perduración y de desarrollos que deberíamos apropiarnos, para luego aplicarlos a nuestros propios problemas y cuestiones.

Pero para comprenderla es preciso verla en su contexto. En efecto, no se pueden entender su persona ni su obra si no se las ve en el contexto de su país y de su tiempo. Esto, que es cierto en general de toda vida y de toda obra intelectual, lo es aun más en su caso, porque en él ha habido permanentemente una explícita conciencia de la circunstancialidad que condiciona todo lo humano.

Ahora bien, una comprensión en profundidad como la que buscamos exige ir más allá de un mero análisis de influencias y fuentes intelectuales, y obliga a trascender una simple historia de ideas para recalar en la historia real de la sociedad y de la gente. En nuestro caso, creo que bastará con que nos refiramos brevemente a tres circunstancias, esenciales a la hora de determinar su personalidad:

La Facultad de Filosofía de Madrid en los años de la II República

El contexto español en perspectiva histórica

La realidad de Occidente.

La experiencia de la Facultad. En muchas ocasiones ya se ha señalado cómo hay en esta obra toda una serie de raíces intelectuales que van ligadas a su encuentro con la filosofía en la que vino a ser su escuela primera, la Facultad de Letras de Madrid allá por los años treinta, la que muchas veces denominamos “Facultad de Morente”.

Allí el influjo omnímodo de Ortega, la atracción vivamente sentida hacia Zubiri, y con matices propios, hacia Morente y Gaos; la proximidad y luego la amistad con Besteiro en los momentos de la guerra, trenzaron toda una red de conexiones que se extendían al contorno intelectual activo en España por aquellos años.

Añádase su encuentro con Unamuno en el marco del Palacio de la Magdalena de la Universidad Internacional, y se tendrá un esquema mínimo del entorno de maestros dentro del cual se iba a formar su espíritu.

Precisamente uno de los hechos de mayor significación intelectual en la España del siglo XX ha sido la constitución de una tradición filosófica original, innovadora, fecunda en logros, si bien en gran medida condenada luego por la guerra civil a la dispersión, la fragmentación, el exilio y la peregrinación por otras tierras.

A esa tradición nos referimos cuando hablamos, siguiendo a Marías y también a José Ferrater Mora y José Luis Abellán, de la “Escuela de Madrid” en el campo de la filosofía.

Se trata, como Ferrater ha escrito, de una cierta comunidad entre autores, relacionados de uno u otro modo con la figura de Ortega, pero que mantienen entre sí conexiones muy sutiles y flexibles, lejos de cualquier rigidez escolástica.

La sensibilidad e inquietud modernas hacia los problemas radicales, propias de toda filosofía, comenzaron a aflorar en la sociedad española en la segunda mitad del siglo XIX. La figura señera de Jaime Balme, luego el amplio movimiento de Julián Sanz del Río, Francisco Giner y sus discípulos krausistas, pusieron en circulación la vigencia de la filosofía; pero buscaron primariamente importar una ya hecha para su aplicación inmediata.

No obstante, se hizo así posible un ahondamiento en la existencia auténtica del hombre, su enraizamiento en lo colectivo, en una lengua y en una historia, primero gracias a la inquietante obra de Unamuno — *excitator Hispaniae*, como lo llamó alguna vez Marías— y luego con toda plenitud en la obra de Ortega, cuya filosofía nace de la necesidad de atenuamiento a la circunstancia de su país y su tiempo.

En esa filosofía, se fue instalando Marías desde muy pronto de modo reflexivo y auténtico. Hizo buena la tesis kantiana de que no se aprende filosofía, sino que se aprende a filosofar. Baste recordar que su trabajo sobre *San Anselmo y el insensato* está escrito a los veintidós años, junto a otros varios igualmente juveniles en los que ya se percibe la presencia de una voz original, profunda y clara.

Ahora bien, aquella porción admirable de realidad española, y su específica manera de ver las cosas, fue marginada y perseguida como resultado de la guerra civil, y el consiguiente arrasamiento de las instituciones y grupos que habían sustentado la vida intelectual en los decenios anteriores. Y de esta manera, aquella experiencia fracasada y frustrada iba a seguir gravitando sobre nuestro filósofo, si bien ahora como ideal, trasladada del pasado hacia el tiempo por venir.

Marías es uno de los contados intelectuales que realizó una enérgica reivindicación de toda aquella herencia intelectual, que nadie dentro del régimen recién impuesto reclamaba para sí.

Esa voz es nítidamente perceptible desde la primera página de la primera edición de su *Historia de la Filosofía*, aparecida en 1941: un libro que cierra su recorrido por la filosofía con la presentación del pensamiento de Ortega —entonces exilado— y se abre con un prólogo de Xavier Zubiri, que reconoce en esas páginas la manera de filosofar de aquella Facultad de Letras que les había cobijado a todos ellos.

Ese libro marca un punto de no retorno. La fidelidad a sus maestros había de conducirlo a construir su biografía con dos rasgos esenciales, sobrevenidos por el azar histórico: su alejamiento de la vida universitaria nacional, y la realización de su misión educadora y crítica a través de su condición de escritor y de ensayista.

La segunda circunstancia, decisiva para la integridad de su existencia, ha sido España, radicalmente afectada por la crisis de la guerra civil. Esta última ha sido sin duda una tremenda catástrofe personal y social, prueba o reto a que ha tenido que hacer frente de modo ineludible en su vida y en su obra.

Objetivamente, la guerra civil supuso la destrucción del mundo histórico, cultural y filosófico en que se había formado, y la implantación de condiciones que representaban un esencial retroceso e inautenticidad. Hubo de emprender la forzosa reconstrucción de su circunstancia, viendo en ella el perfil de una España heredera de los hombres del 98, de Ortega, de los liberales y los románticos, de

Valera, Cervantes, Zorrilla, Jovellanos o Moratín, y tantos y tantos más que han contribuido a construir la realidad hispana.

Hubo de situarse frente a un poder que suprimía porciones del pasado, y defendió la integridad de la herencia recibida. Una profundísima pasión española cruza toda esta obra, alienta en sus ensayos literarios, en los escritos sobre ciudades y gentes, y se ensancha hasta incluir en ella la integridad de la América hispana, a la que gusta de referirse con el nombre tradicional de “Las Españas”.

Marías ha luchado denodadamente frente a toda ocultación o falsificación de la realidad de su ser histórico y colectivo. Tal vez sea en *España inteligible* —uno de los libros reeditados por este Círculo con éxito notable—, donde más a fondo se haya empleado en esa tarea de comprensión y esclarecimiento.

De esas páginas emerge, con inusitada fuerza, la imagen de un país con voluntad de ser europeo, occidental y cristiano, rasgos de un proyecto colectivo inspirado por una concepción personalizadora de lo humano; un país que afirmó esos valores no sólo para sí, sino para toda una muchedumbre de pueblos traídos a la historia universal a través de su acción colonial y cultural; que ha creado formas de convivencia posibilitadas y enriquecidas por la lengua común, y donde la diversidad se ha integrado en formas complejas, y donde al fin la propia historia ha terminado por curar de intransigencias e inquisiciones largo tiempo sufridas.

Sintoniza cordialmente con la sensibilidad de un anónimo ilustrado, seguramente D. Antonio de Campmany, que veía Europa como “escuela general de civilización”, dentro de la cual se situaba entonces nuestro país, enriquecido luego por una tradición liberal convencida de que se necesita de la libertad social y política para construir una vida original y responsable.

De ahí que siempre haya alzado su voz cuando ha creído notar que aparecía por el horizonte cualquier forma de opresión que pudiera menoscabar aquella.

Pero Marías es un hombre universal. No tanto en el sentido de que sea un cosmopolita, desarraigado de sus orígenes. Bien al contrario: enraizado en lo español, su mente se abre al universo de las ideas y las culturas, porque todas ellas constituyen ensayos de humanidad, formas diversas que enriquecen y multiplican el ser del hombre.

Aquí, buscando la concreción, hemos de referirnos a la tercera experiencia determinante de su obra. Cabría resumirla en ese hecho decisivo del mundo contemporáneo que ha sido la II Guerra Mundial, con sus efectos de bloques supranacionales, el telón de acero hoy ya desaparecido — ¿desaparecido, o sustituido por otras cosas?— y la emergencia de los nuevos internacionalismos que han hecho posible la nueva cultura de la globalización.

También aquí late una opción, y opción moral a la postre, entre la vida como libertad y la vida construida según los dictados de un poder sin limitaciones. Se ha vivido, y se vive, de varios modos y formas, la problemática de una realidad europea, amenazada en su integridad, desmembrada algún tiempo, cuestionada sobre todo en sus principios de libertad, humanidad y democracia.

Marías ha sido uno de los contadísimos intelectuales que ha visto, recién terminado el conflicto, la amenaza que representaban para el mundo los totalitarismos subsistentes —el español, por

supuesto, pero también el totalitarismo soviético impuesto a medio mundo tras la guerra—. Ha sido también uno de los raros pensadores que ha sentido la necesidad de conocer y comprender desde dentro la realidad de los Estados Unidos, que han sido, y siguen siendo, un factor decisivo en el desarrollo de la historia universal contemporánea. Su resultado han sido sus dos libros sobre aquel país, verdaderas piezas notables de intuición sociológica.

Profundamente impregnado de europeísmo, hay sin embargo que decir que sus ojos están puestos mucho más allá, en el futuro de Occidente, esa estructura que ya existe incoativamente como red de interacciones e interdependencia entre las dos orillas del Atlántico, y reúne América con Europa, bajo los impulsos de unos comunes ideales de humanismo, democracia y libertad. Quien conozca su obra, evocará aquí ensayos sobre la legitimidad social, la sociedad de naciones, las sociedades-masa, la aceptación del aborto y de la violencia, y, en general, de los peligros de una “despersonalización” del hombre que le parece encontrar bajo múltiples formas del pensamiento actual.

He aquí, pues, las tres circunstancias básicas, cuyo impacto en su vida y su obra es fácil detectar. A través de sus reacciones se deja sentir un impulso tendente a vitalizar una tradición liberal española, que encierra una interpretación positiva de nuestro pasado colectivo, junto con la afirmación de una convivencia social regida por la libertad, la democracia y, sobre todo, por los valores propios de la realidad personal del hombre.

Como se ve, esas tremendas experiencias que han incidido en lo más profundo del hombre de nuestro tiempo, han sido decisivas en la biografía de Marías, imponiendo un pie forzado a lo que había de ser su obra intelectual. Afirmado en su tiempo, no ha eludido las exigencias que éste le imponía, y así ha construido una obra intelectual “a la altura de los tiempos”.

El sentido de su obra. Nos hallamos ante un pensador que posee una filosofía. Esta filosofía no es sólo suya, ya que asume y prolonga las líneas maestras establecidas antes por Ortega y Unamuno, pero es también original en el sentido de que la ha pensado desde dentro, reconstruyendo desde su propio punto de vista la plenitud de su sentido, y transitando por sus conceptos, puesta la vista en la realidad y dando así razón de ella.

Ha definido en numerosas ocasiones la filosofía como “la visión responsable”: ello equivale a entenderla como la declaración de la estructura que presenta lo real cuando se lo ve desde una perspectiva determinada, aquella que establece el punto de vista único en que cada persona está situada, y desde el cual habla y responde.

Se trata de un pensamiento profundamente original. Y lo es dentro de una tradición explícita, la representada por los maestros mencionados, una tradición pensada en español y a la vista de las circunstancias españolas, pero que no olvida que la última envolvente de toda circunstancia engloba al fin y al cabo a la totalidad del universo. Recuérdese: “como Antonino, mi patria es Roma, pero como hombre, lo es el mundo entero”, según la bella expresión del emperador romano Marco Aurelio.

Podría desde luego ser calificado como el gran discípulo de Ortega, que junto a su maestro fundara en 1948 un Instituto de Humanidades de corta vida y largos hechos. Bastaría si no a probarlo

aquella nota publicada no hace mucho entre otras más por J.L. Molinuevo, donde Ortega comenta la historia de la filosofía de Marías, y cómo el libro ha reunido en sus páginas a él, al joven autor y a Zubiri, y añade:

“Tres generaciones de hombres que con continuidad desusada y en estrecha relación personal se han ocupado en el desnudo e implacable mediodía de Madrid, bajo los cierzos de la vecina serranía, de intentar hacer filosofía... [y así apareciendo] juntos y confundidos en un solo libro, simbólicamente entreverados y mixtos —porque, en efecto, el único lío que nos hemos hecho los tres es no saber ya si somos cada cual de los otros dos discípulos o maestros” (OG, Notas de Trabajo, 1994, 38).

Dentro de esa tradición, Marías representa una posición personal que cabría calificar en dos dimensiones complementarias: la de la índole consistentemente estructural de sus interpretaciones —como notó hace unos años una excelente tesis de Pilar Roldán—, y su énfasis en la irreductibilidad y originalidad de la persona.

No es difícil asentar su inclinación estructuralista a partir de sus textos más personales. Estructural, en efecto, es la índole de la realidad vital —yo y circunstancia—, cuyas dimensiones o categorías trazan además el perfil de la estructura metafísica de esa vida (circunstancialidad, mundanidad, temporalidad, proyecto, futurición, dramatismo...). Estructural es también el conjunto de determinaciones que hacen posible la concreción de esa vida mediante su realización efectiva como vida humana: determinaciones que forman lo que Marías llama “estructura empírica”, campo explorado con suma originalidad por él mismo, y que ha identificado con la realidad que llamamos “hombre” —lo que convierte su exploración en una “antropología metafísica”—. El drama vital, en efecto, se presenta “encarnado”, con cierta y determinada corporeidad, con un preciso psiquismo, con edad y sexo, expresado a través de lenguas diversas, acontecido en un tiempo y una sociedad concretas.

Estructural, también, es su visión de la convivencia humana, que impone un a priori a cada una de las vidas individuales, y las sitúa en un orden generacional, en un ordenamiento funcional de minorías y masas, y sometido a un sistema organizado de vigencias que facilitan y limitan la proyección personal y la autorrealización histórica de cada uno.

Y estructural es, en fin, la realidad misma de la persona, que integra a un tiempo realidad e irrealidad, lo material y lo ideal, la orla de aspiraciones y la línea ideal de todo horizonte que viene marcado por la mortalidad.

Ya en su libro sobre Unamuno, Marías hizo notar que la pregunta esencial del hombre, hecho problema de sí mismo, no se formulaba con “sustantivos”, sino con “pronombres personales”: preguntamos por un quién, y no por un qué.

“El hombre es el animal que tiene vida humana”, un “alguien corporal”, esto es, un quién no acabado, ni hecho, ni cerrado, sino abierto hacia el porvenir desde un futuro imaginado e irreal, sostenido en el qué de las cosas, de la facticidad, de aquello que me es dado como recurso para mi pretensión y mi quehacer.

Ese tema de la persona constituye un núcleo esencial de su pensamiento, presente a su consideración durante los cincuenta años que median entre aquel libro juvenil y sus últimos escritos, en especial su libro *Persona*, de 1996. Es la que hemos considerado segunda nota característica de su filosofía: esa atención sostenida al tema de la persona. Esos cincuenta años acreditan este pensamiento como una teoría personal de la vida humana, o como una metafísica vital de la persona humana. En ese tiempo su pensamiento ha ido concretándose en concepciones originales, incluso adquiriendo toda una terminología propia que prolonga innovadoramente la construcción orteguiana: una terminología que habla de instalación vectorial, disyunción polar y referencial entre hombre y mujer, de experiencias individuadoras y “mapas” de la vida personal...

Estructuralismo personalista de la vida humana, eso es lo que alienta en definitiva en la obra de nuestro filósofo, una vez reducida a fórmula pedagógica su vasta complejidad, sin pretensiones de hacer con la frase literatura.

Pero hay que añadir, además, que se trata de un personalismo cristiano. Esta no es una nota adventicia, sino la referencia indicativa de unas hondas raíces en la centenaria tradición de pensamiento cristiano.

En esta religión, que no es filosofía sino a lo sumo una “pre-filosofía”, ha estado siempre viva la idea de persona, y con ella, la índole personal del ser fundamental, su condición amorosa y fontanal, la singularidad cósmica del ser encarnado, y la relevancia radical de la carne y su posible perdurabilidad. Son ideas que se aproximan a las nuevas intuiciones acerca del hombre y de lo humano que ha recontrado la filosofía de la vida. Además, en la idea de Zubiri de la existencia religada encontró un complemento esencial al análisis metafísico de la vida, al apuntar hacia el lugar donde emerge la exigencia de fundamentación de la forzosidad del “tener que hacerse” a que el hombre se halla ligado.

Es ésta, pues, una peculiar filosofía cristiana, que no incorpora tesis religiosas como si fueran filosóficas, cosa que rechaza, sino que repiensa toda una visión del mundo, previa a la filosofía, que ésta no puede ignorar ni dejar a la espalda, sino que debe reexaminar desde su propia radicalidad, procurando dar de ella cuenta y razón.

Ortega vio precisamente que siendo el hombre autor y actor de sí mismo ha de emplear la razón y la imaginación para interpretarse a sí mismo y a lo que le rodea. El hombre es novelista de sí mismo —idea que Unamuno también compartía. Y por eso en la novela personal unamuniana, o en la novela existencial, estamos ante la presentación narrada de la vida humana, verbalizada, en su imagen y figura, que ayuda al conocimiento del hombre, aunque exija para su culminación “una ontología de la existencia humana” (1943, 71).

La realidad de la persona no es privativa de la filosofía. La vienen explorando largo tiempo ha otros saberes, entre los que se ha de contar con aquel peculiar y específico de que se sirve creadoramente el novelista cuando construye sus ficciones.

La compleja realidad del hombre, en la tradición de Unamuno, de Ortega y de Marías, es, por una de sus dimensiones esenciales, narración, historia, literatura, nivola o novela.

“Cuando les cuento cómo se hace una novela, o sea cómo estoy haciendo la novela de mi vida, mi historia, les llevo [a mis lectores] a que se vayan haciendo su propia novela, la novela que es la vida de cada uno de ellos”.

Así escribe Unamuno en *Cómo se hace una novela* (1927, 54), y casi podría escribir el propio Marías, quien por cierto nunca ha escrito una novela.

Al tiempo que el existencialismo triunfaba por Europa, nuestro filósofo ya advirtió que en las novelas o “nivolas” unamunianas había un análisis de la existencia sumamente fecundo para la construcción de una filosofía de la vida. En esa creación, y más en general en la realidad misma de la novela, como la concibieran Cervantes, Galdós, Flaubert o Thornton Wilder, se recrea imaginativamente la vida humana, reconstruida dentro de un mundo igualmente imaginado, y adquiriendo así, al tiempo, transparencia y espesor.

El novelista intuye la naturaleza dramática de la vida humana, y pone en palabras ese drama, y así esclarece “una ontología de la existencia humana” (1943, 71) asumida sin embargo de modo implícito y ejecutivo al iniciar su creación.

Aprovechando de mil modos el cine y la novela, la sociología y la historia, la experiencia de la vida, y hasta la teología y la filología, Marías ha hecho una filosofía profunda, admirable, a la par que útil y accesible para el hombre del siglo XX.

La ha hecho con el temple y el estilo de quien está solo ante el peligro. Cada hombre está solo ante el peligro del vivir en un mundo hecho todo de concreción y opacidad. Por eso piensa que esa tarea requiere un cierto valor, el de mirar, pensar y afirmar aquello que se ve poniendo al menos en juego el riesgo de equivocarse.

Ha asumido, en el plano estrictamente humano, la idea de que al hombre la verdad lo hace libre. Cuando éste se apoya en la realidad de verdad, la verdad lo libera y le pone en condiciones de lograr una vida auténtica, y de cumplir con el propio destino.

En medio de innumerables presiones y limitaciones, enfrentado con experiencias que han marcado su biografía, Marías ha desplegado una filosofía en continuidad con la obra de sus maestros, ha revitalizado esa tradición en el marco de una sociedad española que ha vuelto a tener en sus manos su destino, y ha mantenido en todo momento, incluso en los años más duros del pasado, los valores de humanismo, democracia y de racionalidad que hacen posible la vida auténtica.

Al término de estas palabras de elogio y aprecio a su persona y su obra, que por invitación del Círculo de Lectores he tenido el honor de presentar ante Vds. en este acto, permítaseme pensar que, mejor o peor trazadas, estas son “palabras justas”, porque nacen de “amor justo” y de admiración cordial, como hubiera podido pensar Franz Brentano, aunque hayan podido quedar lejos de recoger la plenitud de una obra y una persona cuyo magisterio moral e intelectual tantos y tantos lectores y discípulos suyos reconocemos.

Recurriré, en todo caso, a las palabras que dedica un poeta a un amigo, los dos muy próximos a Julián Marías. El poeta es Dionisio Ridruejo, y el amigo a quien las dirige, Pedro Laín; pero creo que son igualmente aplicables en el momento presente a nuestro homenajeado:

“...Cuando el canto de España era de un solo
bordón, sonaste la acordada lira
de varias notas. Buceaste a fondo
para sacar a flote la esperanza
cuando el tiempo era oscuro de horizonte.
Y te vimos tejer el cañamazo
de la fraternidad, del otro vivo,
cuando la soledad innumerable
era opaca y los poros de la vida
tenían cera y hielo.

.....

El hombre indivisible, el hombre siendo
en su plural de amor y en tierra suya
abierta por arriba, es tu aventura...

.....

Firmo ‘nosotros’ y la fe te escribe”

Madrid 22 de mayo de 2003.

Laudatio de Julián Marías en el Círculo de Lectores.